

haya dejado en poder de las personas que me esperan.

— Entonces todo se compone perfectamente, Elena. Yo os seguiré á caballo como un viajero cualquiera : todas las noches podré hablaros ; si por el contrario no es posible, á lo menos tendré el placer de veros ; de modo que no estaremos separados más que á medias.

Al concluir los dos jóvenes su amorosa plática, á pesar de haberla comenzado con lágrimas, se despidieron con la sonrisa en los labios y la esperanza en el corazón, según comunmente acontece en esa edad en la cual se tiene la más completa confianza en el porvenir.

Gastón atravesó el helado estanque por segunda vez, con la misma felicidad que la primera, y se dirigió al árbol en que dejó atada su cabalgadura ; pero en lugar de su caballo herido, encontró el de Montlouis, y gracias á esta galantería de su amigo, se halló de vuelta en Nantes en poco menos de tres cuartos de hora, sin haber tenido en el camino ningún otro mal encuentro.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## III

## El viaje

Durante el resto de la noche, Gastón escribió su testamento, el cual depositó por la mañana en manos de un escribano de Nantes.

Legaba todos sus bienes á Elena de Chaverny, suplicándola al mismo tiempo, que si él moría, no por eso renunciase al mundo, sino que dejase seguir á su bella existencia la suerte que le estaba destinada : solamente, en atención á ser él último vástago de su familia, la rogaba que en memoria suya diese el nombre de Gastón á su primer hijo.

Después pasó á ver por última vez á sus amigos, y principalmente á Montlouis, con quien tenía más intimidad y era el que con más calor lo había defendido la noche antes ; les manifestó la confianza completa que abrigaba de obtener un éxito feliz en su empresa ; recibió de Pontcalec la mitad de una moneda, y una carta que debía entregar á cierto capitán llamado La Jonquiere, corresponsal de los conjurados en París, el cual debía poner á Gastón

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

en relaciones con los personajes importantes que iba á buscar á la capital; puso en su maleta todo el dinero que pudo reunir, y acompañado tan sólo de un criado, cuyo nombre era Ovén, que estaba sirviéndole hacia tres años y de quien creía poder fiarse, salió de Nantes, sin querer que sus cuatro compañeros le acompañasen, á causa de no infundir sospechas.

Eran las doce: el camino estaba hermoso; un magnífico sol de invierno iluminaba los campos deslumbrantes con la nieve: las gotas de agua congelada pendían de las ramas de los árboles, reflejando los rayos del sol cual si fueran estalactitas de diamantes, y con todo, aquel camino se hallaba casi desierto. Ni delante ni detrás de sí podía Gastón alcanzar á ver el coche verde y negro del convento, que él conocía tanto, y en el que las buenas Agustinas de Clissón enviaban á buscar ó llevaban las colegialas á sus familias. Gastón, seguido de su lacayo, caminaba manifestando en su rostro esa alegría mezclada de angustia que comprime el corazón del hombre á la vista de las bellezas de la naturaleza, y que un acontecimiento fatal é inevitable puede hacerle perder para siempre.

Gastón y sus amigos habían concertado, antes de marchar aquél, su itinerario hasta Mans; pero multitud de razones movieron al joven á invertir el orden establecido. En primer lugar, el hielo había puesto el camino sumamente resbaladizo; obstáculo

insuperable, y que Gastón habría mirado como tal aunque no lo hubiera sido, porque, como ya sabemos, le convenía ir despacio; solamente por no dar sospechas al criado, fingió apresurarse: puso su caballo al trote; pero habiendo resbalado dos veces y habiendo caído el de Ovén, se aprovechó de esta circunstancia tan natural para continuar su marcha al paso.

El lacayo, desde el momento en que emprendieron la partida, parecía tener más prisa que su señor; bien es verdad que pertenecía á esa clase de gentes que desean siempre llegar pronto, porque comprendiendo que los viajes sólo pueden producir incomodidades y trabajos, quieren abreviarlos cuanto antes. Además, Ovén adoraba á París en perspectiva: jamás lo había visto, pero le habían contado de él cosas maravillosas, según decía; y si hubiera podido colocar alas en las masas y pies de los caballos, á pesar de ser mal jinete, habría salvado la distancia en muy pocas horas.

Gastón caminó, pues, pausadamente hasta Oudón; pero por mucha calma que llevase, iba todavía más despacio el coche de las Agustinas de Clissón. En aquel tiempo las postas de los caminos reales, excepto para los que con el látigo en la mano podían hacer andar, no á los caballos, sino á los postillones, eran menos aceleradas que nuestras diligencias, y especialmente cuando conducían señoras.

El caballero hizo alto en Oudón: eligió la posada del *Carro coronado*, la cual tenía dos balcones salientes que dominaban el camino; habiendo sido informado además de que era la mejor y la más afamada del pueblo, y en la que paraban casi todos los coches.

Mientras se preparaba la comida, que serían poco más ó menos las dos de la tarde, Gastón, á pesar del frío tan penetrante que se dejaba sentir, se puso al balcón de centinela, sin perder de vista un solo instante el camino; pero no distinguió en todo lo que sus miradas podían abarcar más que pesadas galeras y carruajes llenos de gente: nada vió que se pareciese al anhelado coche verde y negro.

Entonces en su impaciencia pensó que Elena habría llegado antes y podría estar ya en la posada; en su consecuencia pasó rápidamente del balcón á que se hallaba asomado, á otro que daba á los patios, y desde el cual podían verse todos los carruajes que había en ellos. El coche del convento no estaba allí, pero no por eso dejó de detenerse Gastón algún tiempo en su observatorio, porque vió á su lacayo hablando cautelosamente con un hombre vestido de paño gris y cubierto con una especie de capote militar. Aquel hombre, después de su conversación con Ovén, montó en un excelente caballo de posta, y á pesar de la nieve y del hielo, salió de la posada como si tuviera sus razones para andar

de prisa, aun cuando debiera romperse la cabeza por correr; pero no tropezó ni cayó, y en el ruido que hacía el caballo galopando, adivinó Gastón que se dirigía á París.

En aquel momento el lacayo alzó los ojos y vió á su amo que le observaba; púsose muy colorado, y como hombre sorprendido cometiendo alguna falta, procuró disimular su turbación limpiándose las vueltas de la casaca y sacudiendo la nieve que tenía en el calzado. Gastón le hizo seña de que se llegase hasta el pie de la ventana, y aunque esta orden le era evidentemente desagradable, sin embargo obedeció.

— ¿Con quién hablabas, Ovén? preguntó el caballero.

— Con un hombre, señor, respondió el criado con aquel aire entre malicioso y estúpido propio de los aldeanos.

— Bien; ¿pero quién es ese hombre?

— Un viajero, un soldado que me preguntaba el camino.

— ¿El camino? ¿para dónde?

— Para Rennes.

— Pero, no siendo tú de Oudón, ¿cómo habías de saberlo?

— Se lo he preguntado al patrón.

— ¿Por qué no iba él mismo á preguntárselo?

— Á causa, según me ha dicho, de haber tenido con él cierta disputa acerca del precio de su

comida ; siendo este el motivo por el cual no quería dirigirle la palabra.

— ¡ Hum ! murmuró Gastón.

Nada era más natural que todo esto ; sin embargo, Gastón entró pensativo en su cuarto. Aquel hombre, que á la verdad siempre le había servido fielmente, era sobrino del primer ayuda de cámara del señor de Montarán, antiguo gobernador de Bretaña, que había sido reemplazado por Mr. de Montesquieu á consecuencia de las continuas reclamaciones de la provincia : el tío de Ovén fué también el que le hizo la brillante descripción de París, lo cual produjo en su corazón el fuerte deseo de ver la capital, deseo que contra todas las probabilidades iba á realizarse.

Pero bien pronto las sospechas concebidas por Gastón acerca de Ovén se disiparon, reflexionando que necesitaba de todo su valor para la empresa que pensaba acometer. Sin embargo, no se borró enteramente de su memoria la mala impresión que le causara ver á aquel hombre del capote gris hablar con su criado ; por otra parte, por más que miraba á todos lados, no veía llegar el coche verde y negro.

En un momento de exaltación le asaltó á la mente la siguiente idea : « los corazones más puros abrigan también á veces malos pensamientos ; ¿ acaso Elena se habría valido de aquel pretexto para separarse de él amistosamente y sin ruido ? » Mas

al punto reflexionó que en un viaje todo son inconvenientes, y que por lo tanto nada tenía de particular la tardanza. Volvió á la mesa, aunque ya hacía mucho tiempo que había acabado de comer, y como Ovén entrase entonces á levantar los mantales y le mirase sorprendido, dirigiéndose á él, le dijo :

— Trae vino.

Ovén, que había tenido buen cuidado de llevarse la botella apenas empezada, por considerar que le pertenecía de derecho, mirando con asombrado ademán á su amo, ordinariamente tan sobrio, repitió :

— ¡ Vino !

Gastón, que necesitaba aparentar tranquilidad, del mismo modo que antes le había sucedido á su criado, gritó con voz estentórea y con aire de impaciencia :

— ¡ Si, vino ! quiero beber ; ¿ es eso por ventura alguna cosa digna de admiración ?

— No, mi amo, respondió Ovén dirigiéndose á la puerta del cuarto y llamando á un mozo, que á los pocos momentos trajo otra nueva botella.

Gastón se echó un vaso de vino, lo apuró de un solo trago, y en seguida lo llenó segunda vez.

Ovén le miraba atónito.

En fin, pensando que estaba en su obligación y en su interés al propio tiempo, pues que aquella botella también le pertenecía, el detener á su amo

en la peligrosa senda en que parecía decidido á aventurarse, le dijo :

— Señor, he oído decir con frecuencia que el beber, haciendo un frío tan penetrante, causa mucho daño. No olvidéis que hoy tenemos que andar todavía bastante, y que cuanto más permanecemos aquí, más frío pasaremos luego, prescindiendo de que si tardásemos mucho, podría suceder que no encontrásemos caballos de posta.

Gastón, abismado en sus reflexiones, nada contestó á esta observación, por más justa que fuese.

— Permittedme que os haga observar, señor, continuó Ovén, que son las tres, y á las cuatro y media ya es casi de noche.

La pertinacia de su lacayo chocó á Gastón, que le dijo :

— ¡ Mucha prisa tienes, Ovén! ¿ has quedado citado con el viajero que te preguntaba el camino?

— Bien sabéis, señor, que eso es imposible, respondió Ovén sin turbarse; porque ese viajero se dirigía á Rennes y nosotros vamos á París.

Con todo, bajo el imperio de la mirada fija de su amo, no pudo impedir Ovén que le salieran los colores al rostro, y Gastón abría ya los labios para hacerle otra pregunta, cuando oyó el ruido de un carruaje que venía por el camino de Nantes: corrió al balcón y... era el coche verde y negro. Al verle Gastón todo lo olvidó, y dejando á Ovén recobrar

su serenidad del modo que quisiese, se precipitó fuera del cuarto.

Llególe entonces la vez á Ovén de asomarse al balcón para ver qué importante objeto llamaba la atención de su amo. Hízolo así en efecto, y divisó el coche verde y negro que paraba. Un hombre cubierto con un tosco capote de monte bajó primero del pescante y abrió la portezuela; después vió Ovén bajar á una dama tapada con un largo velo negro, y luego una religiosa Agustina. Las dos señoras, al anunciar que marcharían después de comer, pidieron una habitación separada.

Mas para llegar á aquella habitación era preciso atravesar la sala pública, donde Gastón, indiferente al parecer, estaba de pie cerca de la chimenea. Elena y el caballero cambiaron una ojeada rápida, pero significativa; y Gastón con indecible placer vió que el hombre del capote era el jardinero del convento, el mismo que le había dado la llave de la verja. En las circunstancias en que se encontraba, aquel hombre era para él un poderoso auxiliar.

No obstante, Gastón con una calma que hacía honor al dominio que tenía sobre sí mismo, le dejó pasar; pero observando que el jardinero atravesaba el patio y entraba en la caballeriza, le siguió, porque estaba impaciente por hacerle varias preguntas, pues temía que no tuviese orden de acompañar á Elena más que hasta Oudón, volviéndose desde allí al convento inmediatamente.

Pero á las primeras palabras el joven se tranquilizó: el jardinero acompañaba á las dos damas hasta Rambouillet, término momentáneo del viaje de Elena, y después daba la vuelta á Clisson con Sor Teresa, que así se llamaba la religiosa que iba en compañía de la joven señorita.

Al fin de esta conversación que había tenido lugar á la entrada de la caballeriza, Gastón alzó los ojos, y vió á su vez que Ovén le estaba mirando. La curiosidad de su lacayo le desagradó altamente.

— ¿Qué haces ahí? le preguntó.

— Señor, aguardo vuestras órdenes.

Ciertamente, nada tenía de extraño que un lacayo desocupado mirase por una ventana. Limitóse, pues, Gastón á fruncir las cejas en señal de disgusto.

— ¿Conocéis á ese muchacho? preguntó Gastón al jardinero.

— ¿Á Ovén, vuestro criado? respondió éste admirado de semejante pregunta; ya lo creo, como que somos paisanos.

— Lo siento, murmuró Gastón.

— ¡Oh! es un excelente muchacho, repuso el jardinero.

— No importa; no hay que hablarle un palabra de Elena. »

El jardinero se lo prometió, pues le interesaba mucho el guardar secreto acerca de sus relaciones con el caballero. Al descubrirse que entregaba la

llave á una persona extraña, se hubiera seguido inmediatamente la pérdida de su destino, lo cual habría sido una gran desgracia para él que sabía á las mil maravillas lo lucrativa que era la plaza de jardinero de un convento de Agustinas.

Gastón volvió á entrar en la sala pública, donde halló á Ovén que le esperaba. Siendo preciso alejarle de allí, le mandó que fuese á ensillar los caballos.

Entretanto el jardinero había apurado á los postillones para que se dieran prisa, los cuales no habían hecho más que desenganchar y volver á enganchar. El coche se hallaba, pues, dispuesto para la marcha, y sólo faltaban las viajeras, que después de una corta y frugal comida, porque era día de ayuno, atravesaron de nuevo la sala. Á la puerta encontraron á Gastón con la cabeza descubierta, y pronto á ofrecerles la mano para subir al coche. Estas galanterías por parte de los jóvenes señores estaban muy en uso en aquella época: además Chanlay no era enteramente desconocido á la religiosa Agustina; recibió, pues, sus cumplimientos sin hacerse demasiado la mojigata, y aun le mostró su reconocimiento por medio de una graciosa sonrisa. Se supone que después de haber ofrecido la mano á Sor Teresa, tuvo Gastón el derecho de ofrecérsela á Elena: este era el objeto que deseaba conseguir, según fácilmente nuestros lectores habrán podido comprender.